

## **EL HABLA DE SALAMANCA: ASPECTOS GRAMATICALES Y DISCURSIVOS**

EMILIO PRIETO DE LOS MOZOS\*

**RESUMEN:** El objetivo de este artículo<sup>1</sup> es destacar y justificar la baja frecuencia de uso de conectores en el español de la conversación espontánea. El análisis de un corpus de diálogos de interlocutores salmantinos muestra, además, cómo en la lengua hablada muchas de las unidades que la gramática oracional ha categorizado como nexos (conjunciones, locuciones conjuntivas) desempeñan en realidad funciones pragmático-discursivas y constituyen, por eso mismo, otra clase de unidades lingüísticas. Esta propuesta es coherente con otro hecho patente en los diálogos del corpus que sirve como marco de referencia para la investigación: la elevada frecuencia de aparición de marcadores discursivos.

**ABSTRACT:** The aim of this paper is to point out and justify the small frequency of use of connectors in typical spanish spontaneous conversations. Moreover, the analysis of a corpus built up from dialogues made by speakers from Salamanca shows that in spoken language the vast majority of elements that clause grammar has categorized as conjunctions plays as a matter of fact pragmatic and discursive roles; they form, for this reason, a distinct class of linguistics units. This proposal is coherent with another self-evident phenomenon in conversations: the high frequency of use of discourse markers.

**PALABRAS CLAVE:** Lingüística / Lengua española / Sintaxis / Análisis del discurso.

\* Departamento de Lengua Española. Universidad de Salamanca.

1. Que se integra en el marco del Proyecto de Investigación PB92-1277, financiado por la D.G.E.S.

1. No es tan frecuente rozar la sabiduría; resulta más difícil reunirla con la prudencia intelectual, la modestia, la bondad y la sencillez. Es casi imposible soldar todo ello con un pulcro espíritu socarrón, con la amenidad y el conocimiento del mundo. Antonio Llorente Maldonado de Guevara —don Antonio— fue siempre verdaderamente sabio: por eso hubo de ser también prudente, modesto, bueno y sencillo. Entendió la necesidad de indagar en la realidad más próxima, la más cercana a la vida: desde la más distinguida benevolencia observó la fragilidad de las cosas, y así supo sonreír y, como maestro y amigo, hacer sonreír.

Este estudio pretende emular algunas de las virtudes de don Antonio: muestra apego a lo que efectivamente sucede, y busca explicaciones naturales. En un estudio reciente, y evocando —como hago yo ahora— a otro viejo maestro, el paleontólogo Juan Luis Arsuaga destaca la frecuencia con la que los mejores hallazgos de la ciencia son de apariencia extrañamente simple, y anota que sólo los grandes sabios tienen la capacidad de descubrir lo que los demás no vemos, a pesar de tenerlo justo ante nuestros ojos. Antonio Llorente tenía aquella capacidad; nosotros perseveramos para alcanzarla.

2. He utilizado como *corpus* de contraste para mis propuestas el recogido y elaborado por M.<sup>ª</sup>T. Llorente en su tesis doctoral y posterior libro sobre los *organizadores del discurso* (Llorente Arcocha 1996)<sup>2</sup>. Es un *corpus* formado por cien textos orales homogéneos: conversaciones telefónicas emitidas públicamente a través de un medio de comunicación —una emisora de radio local ya desaparecida: “(Radio) Antena 3” de Salamanca— en diferentes días del primer quinquenio de los noventa. El programa en que tales conversaciones se difundían se destinaba a atender las quejas y denuncias ciudadanas de los oyentes: es evidente, por ello mismo, que el *corpus* en cuestión muestra una manifiesta unidad funcional<sup>3</sup>, y, en consecuencia, es representativo de una clase textual retóricamente bien definida (Faigley y Meyer 1983).

Está claro, por lo ya dicho, que los textos del *corpus* pueden calificarse técnicamente como *diálogos*. Diálogos que manifiestan —de acuerdo con criterios convencionalmente admitidos (Cedergreen 1973)— altos niveles de espontaneidad: “el tema central se refiere al pasado (*parámetro de tiempo*), la conversación se desarrolla en sucesiones rápidas de turnos y sin vacilaciones (*parámetro de espontaneidad*) y está directamente relacionada con experiencias personales emotivamente marcadas (*parámetro de la emotividad*), y, además, corresponde a

---

2. En realidad, este artículo no hubiera podido realizarse sin la cooperación de la Dra. Llorente Arcocha, cuyas interpretaciones y sugerencias se reflejan nítidamente tanto en sus planteamientos como en sus conclusiones. Tampoco hubiera podido prescindir de la ayuda nada esporádica de los profesores Borrego Nieto, Gómez Asencio y Santos Río, cuyo alcance ellos mismos ignoran. Desde luego, no es casualidad que las cuatro personas mencionadas en esta nota hayan sido discípulos queridos del homenajeado en este volumen.

3. Realizan los mismos *macroactos discursivos*, en terminología usada por Van Dijk (véase, por ejemplo, Van Dijk 1977: 232 y ss.).

interacciones que tienen lugar porque el hablante quiere participar voluntariamente manteniendo una relación de confianza con el interlocutor (*parámetro de participación*)” (Llorente Arcocha 1996).

Los diálogos —que reúnen 56.223 vocablos— se establecen entre un periodista de radio (en realidad, hay dos diferentes, aunque uno de ellos domina claramente<sup>4</sup>) y cien interlocutores distintos, todos ellos salmantinos de residencia<sup>5</sup>. El horario matinal de emisión del programa de radio es seguramente una de las razones que puede justificar que casi todos los interlocutores del periodista fueran mujeres: exactamente, 74 de los cien grabados. Sólo dos de las personas que hablan dan datos explícitos de su condición: uno de los hombres dice ser un jubilado; en otra ocasión —la calidad de voz atestigua que sólo hay un caso de éstos— la hablante se identifica como ‘niña’. No es posible definir con precisión otras características personales, socioeconómicas o culturales de las personas que llaman al programa; no obstante, el manejo que la mayoría de ellas hace de algunas variantes lingüísticas (especialmente léxicas y fónicas<sup>6</sup>) lleva a pensar, sin que sea necesario para ello una especial audacia intelectual, que no abundan entre los interlocutores de los periodistas los miembros de las clases más instruidas.

Los estudios gramaticales que puedan realizarse sobre el *corpus* elaborado por M<sup>a</sup>. T. Llorente son, en un sentido actual del adjetivo, estudios dialectológicos: el *corpus de referencia* define aspectos relevantes del habla de la ciudad de Salamanca en la década de los 90. Es evidentemente cierto que muchos de esos espec-

4. El segundo periodista es en realidad *una* periodista, y sólo interviene en veinte de las cien conversaciones.

5. Sólo uno de los hablantes (una mujer) afirma que vive fuera de la capital (en concreto, en una localidad de la conurbación salmantina: Santa Marta de Tormes). Todos los demás o dicen residir en Salamanca o, sin declararlo explícitamente (en la comunicación cooperativa no tiene por qué explicitarse lo innecesario: Grice 1975), demuestran tan buenos conocimientos sobre alguno de sus aspectos que sin duda pueden contarse como salmantinos.

6. Y también estratégico-discursivas. En Llorente Arcocha 1997 se muestra, por ejemplo, que hay hablantes que eligen como operadores de presentación del *tópico global del discurso* recursos del tipo de *yo era para*, *yo quería hacer una referencia*, *yo quería hacer una queja*, *me refiero a hacer una repulsa*, etc. (M indica a una hablante; H, a un hablante; los puntos suspensivos sirven para indicar que lo que sigue pertenece a otro):

M. →Mire, *yo era para* hablar de la Seguridad Social + Resulta qu’el viernes operan a un familiar nuestro, en el ambulatorio.

...

M. →Mira, *yo era para* los recibos de la contribución.

...

M. →Mire, *yo quería hacer una referencia* | sobre una llamada que hizo ayer una persona sobr’el autobús de Santa Marta.

...

M. →Mire, *yo quería hacer una queja* referente a una plaza, plaza de la Mancha →

...

H. →Mi[r]e usted, *me refiero a hacer una repulsa* contra: | Iberduero, o Iberdrola, como se llame ahora.

tos no responden a lo que quizá pudiera esperarse de un nativo puro y no contaminado, *incorrupto* lingüística, social y culturalmente por el contacto exterior: cabe preguntarse, en todo caso, si en la actualidad tal tipo de individuos existe en una ciudad medianamente bien comunicada, en la que el acceso a los medios de comunicación es extremadamente fácil (especialmente, el acceso a la televisión), y en la que, por su carácter universitario y turístico o monumental forzosamente conviven gentes de toda procedencia<sup>7</sup>: lo universitario ayuda a mantener relaciones sociales habituales; lo turístico suele llevar a acercamientos esporádicos.

En otras palabras: el *corpus* que sirve como referencia a este estudio no es —ni quiere serlo— una representación *castiza* del habla de Salamanca. No refleja exactamente lo *puro* ni lo *genuino* de la variedad usada en ciudad. Pero sí manifiesta, por el contrario, lo que realmente hacen para comunicarse los salmantinos. Dicho sea con más precisión: lo que hace una muestra representativa de habitantes de Salamanca.

Es sabido que las pretensiones de representatividad de todo *corpus*, por extenso que sea, son sólo eso: pretensiones. En su momento, los chomskianos hicieron ver —con razón— como ninguna muestra de un conjunto infinito puede reflejar con cierta fidelidad lo que sucede en ese conjunto ilimitado. Pero también es cierto —lo sabemos bien los lingüistas— que los peligros que acechan a los estudios no basados en datos reales del habla son colosales; incluso para la propia teoría lingüística, que puede resentirse de la idea de que existe verdaderamente el lenguaje “having a ‘pure’ form (‘langue’) that becomes contaminated in the process of being translated into speech (‘parole’)” (Halliday 1973: 67).

Pero no hay en el uso lingüístico ni contaminación ni ruptura de los esquemas categóricos a que las gramáticas estructurales (que normalmente se alejan de los datos con absoluta prevención) nos tienen acostumbrados: lo que sucede es que la realidad suele ser molestandamente compleja, aunque a algunos no les guste. En concreto, parece claro que “el lenguaje se actualiza en la manera propia de los sistemas caóticos<sup>8</sup>, de forma que la mayor parte de las predicciones que pueden realizarse [sobre el uso lingüístico] son probabilísticas” (Llorente Arcocha 1996), y, en consecuencia, la gramática ha de entenderse como un “set of strategies that one employs in order to produce *coherent communication*” (Givón 1993: 1)<sup>9</sup>. En este

7. Verdaderamente, no podría arriesgarme a asegurar que no puedan localizarse tal tipo de individuos; sin embargo, la rareza de su comportamiento social obligaría a desconfiar —especialmente, en estudios no léxicos— de la representatividad real de su conducta verbal.

8. Uso el término con el sentido en que se emplea en la ‘teoría de las catástrofes’ introducida en las matemáticas por René Thom. Algunos estudiosos del lenguaje —que quizá manejen un concepto de ciencia ya añejo —o acaso extremadamente optimista— desconfían irremediabilmente de los modelos teóricos fundamentados en prototipos, en la lógica difusa y en las reglas probabilísticas: a los que no estamos entre ellos nos consuela el saber que la física cuántica se mueve con parámetros similares cuando estudia las interacciones de las partículas subatómicas.

9. T. Givón (Givón 1984, Givón 1995) y R. W. Langacker (Langacker 1987) —entre otros— han hecho ver cómo el principio de categorialidad de las reglas de la gramática sólo ha podido mantenerse en una lingüística que ha soslayado interesadamente los datos que proporciona la realidad (la actuación lingüística de los hablantes).

sentido, la gramática del discurso —que algunos calificarían de ‘preteórica’ por ello mismo— es en lo esencial una ciencia probabilística: apunta tendencias, reglas que se cumplen más veces de las que se quebrantan, etc. Y el estudio por medio de *corpora* apoya decididamente a un modelo explicativo de esta naturaleza: en lo que sigue de este estudio se hablará de lo que en ciertas situaciones discursivas *suele* ocurrir, de lo que *no es muy probable* que suceda, etc.

3. Suele afirmarse que la lengua hablada utiliza con mucha menor profusión que la escrita los llamados ‘marcadores discursivos’; es igualmente frecuente apostillar que, sin embargo, esto no sucede con las unidades de un pequeño conjunto, que aparecen abundantemente en los textos orales conversacionales (Portolés 1998)<sup>10</sup>.

La precisión de Portolés al mencionar explícitamente los textos conversacionales es sumamente oportuna. Porque, como es natural, ha de tenerse en cuenta que es inadecuado, para hablar de estos temas, enfrentar sin más los textos escritos y los textos orales: es cierto que el modo de transmisión (el canal y medio empleados) es un factor de extrema importancia en la configuración del discurso. Pero este factor no es ni con mucho el único que interviene a la hora de dar *textura*; son tan importantes en muchas ocasiones otros muchos: el modo de producción, el grado de accesibilidad al contexto (especialmente, al interlocutor o interlocutores), la existencia o no de un sistema de turnos, la posibilidad de *feedback*, de *monitorización* diferida (Krashen 1982), el nivel de planificación y flexibilidad formal, funcional y temática, la pertenencia a cierto *género discursivo* (Martin 1984, Jalzmann 1993) y el grado de convencionalidad o ritualización de tal género, etc.

Algunos de esos factores permiten establecer oposiciones no graduales; entre estas quizá sea la más importante, por lo que concierne a su relevancia en los modos de estructuración del discurso, la que enfrenta los textos que se acogen a un sistema de turnos (diálogos, conversaciones en general) y los que, por el contrario, cuentan con un solo emisor (con destinatarios presentes o no presentes). El sistema de turnos, por otra parte, se asocia con naturalidad y frecuencia especialmente alta a otros de los factores ya mencionados en lo que se conoce imprecisamente como lenguaje conversacional: el resultado común es lo que algunos autores denominan imprecisamente ‘coloquialidad’; otros aluden, en lo que infortunada y posiblemente ha llegado a ser una variante notacional, a la ‘espontaneidad’ típica de la lengua de la conversación (véase el apartado 2).

4. Tiene razón J. Portolés al afirmar que buena parte de los marcadores discursivos “que se hallan en cualquier texto escritos son poco habituales en el coloquio” (Portolés 1998: 126). De hecho, ninguno de los que este lingüista cita como ejemplos inusuales (ahora bien, por lo demás, por el contrario, en consecuencia, en suma) aparece una sola vez en nuestro *corpus*. Precisaremos: *ahora bien* se docu-

10. En concreto, Portolés cita las siguientes: *bueno, claro, hombre y o sea*.

menta en dos ocasiones; pero en esas dos ocasiones el que habla es el periodista. También es periodista el responsable de la única aparición de *por el contrario*.

Pero la bajísima frecuencia de operadores discursivos no es, desde luego, un fenómeno lingüístico aislado en la conversación espontánea. De hecho, pretendemos mostrar en este artículo cómo dicho fenómeno debe integrarse en un marco explicativo mucho más amplio, y cómo esa integración es un reflejo de principios teóricos y metodológicos importantes para la lingüística.

5. Son todavía muchos los estudiosos del lenguaje que recelan cuando los analistas del discurso insisten en las enormes diferencias entre las manifestaciones orales (espontáneas) y las escritas; algunos de ellos desconfían abiertamente cuando se les recuerda que incluso alguna de las unidades fundamentales de la gramática —entre ellas, la oración (Quirk y otros 1985: 47 y ss., Miller 1995)— tiene más sentido en una disciplina filológica que en una ciencia que, en principio, no desea atenerse “servilmente a la lengua escrita” olvidando la “lengua viviente” (Saussure 1916: 40), y, por el contrario, pretende explicar lo que realmente se dice.

Los patrones constructivos de la conversación espontánea son en buena parte diferentes en naturaleza a los que rigen en la lengua escrita (y en la hablada planificada). Y esas diferencias constructivas tienen reflejo inmediato en diferencias cualitativas o cuantitativas. Ha de tenerse en cuenta, por ejemplo, que sólo en la conversación espontánea funciona con plena intensidad y pureza el sistema de turnos, y que tal sistema es un mecanismo fundamental que tiene efectos inmediatos en la conformación textual (y, en consecuencia, en los recursos lingüísticos empleados).

Pues bien, el hecho de que el uso de los marcadores discursivos sea un factor claramente distintivo de la lengua conversacional tiene que ser, al menos en parte, consecuencia directa o indirecta de la disparidad de patrones constructivos mencionada más arriba. ¿Qué sucede en realidad con este tipo de elementos y de aquellos otros que formal o funcionalmente se asocian a ellos en el marco de la gramática oracional?

6. Llama la atención, ante todo, lo que sucede en nuestro *corpus* de contraste con todas las clases de nexos (incluimos en esa categoría preteórica todo tipo de unidades siempre que asocien como función primaria o secundaria la unión de constituyentes oracionales o textuales).

Nos han interesado, en primer lugar, los nexos que son capaces de establecer relaciones cercanas a las operaciones lógico-semánticas clásicas de los conectores<sup>11</sup>. Hemos estudiado, en concreto, la aparición de conectores encargados de señalar relaciones generales causa-efecto<sup>12</sup> y relaciones generales de adición<sup>13</sup>. El resultado

11. El programa de corrección ortográfica de mi procesador de textos me avisa que debo usar la palabra ‘conectador’ (y no ‘conector’). Voy inmediatamente al *DRAE*<sup>21</sup> (1992) y compruebo que, en efecto, no existe la entrada *conector* (y sí la entrada *conectador*). Por razones fáciles de intuir, no actué en consecuencia.

12. Incluyo entre los *conectores de causalidad* no sólo a los que introducen oraciones o cláusulas causales, sino también a los que encabezan consecutivas, condicionales y concesivas. Hay otra forma

de la investigación no puede ser más significativo; en los cuadros 1 a 4 se consig-  
nan las apariciones de cada uno de los conectores supuestamente más habituales  
del español en cada uno de los grupos funcionales estudiados:

CUADRO 1. CONECTORES CAUSALES

CONECTOR	APARICIONES
porque	373
como (causal)	13
ya que	3
puesto que	1
dado que	0
a causa de que	0
con vistas a (que)	0
gracias a que	0

CUADRO 2. CONECTORES CONSECUTIVOS

CONECTOR	APARICIONES
pues	358
así que	7
así pues	0
por eso (consec.)	0
conque	0
de modo que	0
de forma que	0
de manera que	0
de tal modo que	0
de tal forma que	0
de tal manera que	0
por tanto	0
por lo tanto	0
luego (consec.)	1
pues bien	0
por consiguiente	0
de ahí que	0

---

diferente (pero no contraria) de ver el mismo asunto, no obstante: T.A. van Dijk (Van Dijk 1972: 68) pensaba que las relaciones lógico-semánticas de causalidad no eran sino un tipo más de relaciones condicionales (en concreto, *actual conditionals*).

CUADRO 3. CONECTORES CONDICIONALES

CONECTOR	APARICIONES
si (cond.)	47
como (cond.)	6
siempre que (cond.)	0
a condición de que	0
en el supuesto de (que)	0
siempre y cuando	0
sólo si	0

CUADRO 4. CONECTORES ADITIVOS

CONECTOR	APARICIONES
y	1035
o (excepto en <i>o sea</i> )	234
pero	429
excepto que	0
excepto si	0
a no ser que	1
a menos que	0
menos si	0
salvo que	0
mientras/mientras que	0

Solamente 11 de los conectores de los cuadros precedentes —los que cualquier gramática descriptiva cita como más corrientes<sup>14</sup>— se documentan en los textos de nuestro *corpus*. Llama la atención la frecuencia de *y*, con 1.035 apariciones. Siguen en frecuencia *pero* (429 apariciones), *porque* (373), *pues* (358), y *o* (234). A mucha distancia se encuentra el nexos condicional *si* (47), y se descuelgan evidentemente el *como* causal (13), el consecutivo *así que* (7), el *como* condicional (6), los causales *ya que* (3) y *puesto que* (1) y el excluyente *a no ser que* (1). Merece la pena destacar la ausencia de apariciones de nexos supuestamente neutros o informales como *y eso que*, *conque*, *por tanto* o *mientras que*<sup>15</sup>.

13. Incorporo las relaciones de conjunción, disyunción, contraste y exclusión a la clase general de 'relaciones aditivas'.

14. He usado las siguientes para establecer la lista: RAE 1973, García Santos 1993 y Gómez Torrego 1998.

15. Cuyo empleo contrastivo —el que aquí tenemos en cuenta— condena Gómez Torrego (Gómez Torrego 1998: 349), se supone que por tener un excesivo carácter informal (o vulgar).

7. Pero un análisis menos somero de los datos que se reflejan en los cuadros del apartado anterior permite descubrir nuevos fenómenos.

7.1. No llama excesivamente la atención que sea precisamente la conjunción *y* la más frecuente, aunque sí es verdad que el número de apariciones es altísimo: aproximadamente una de cada 54 palabras de nuestros textos es precisamente dicha conjunción. Pero la gran frecuencia de uso se debe, naturalmente, al hecho de que *y* es unnexo que, por su naturaleza neutral, es capaz de acoger pragmática y discursivamente una multitud de valores<sup>16</sup>.

Lo que destaca especialmente en la explotación que del recurso *y* se hace en los textos de nuestro *corpus* son otras cosas, sin embargo: sucede, por ejemplo, que en 478 casos en que se usa, *y* encabeza turno o enunciado. Por consiguiente, casi en una de cada dos apariciones de *y* éste sirve —digámoslo así por el momento— como *conector extraoracional*.

En realidad, tal denominación —a mi entender, sólo parcialmente acertada— oculta detalles de enorme importancia y no ayuda a comprender que el establecimiento de relaciones de coherencia discursiva es un fenómeno de naturaleza diferente al mero establecimiento de conexiones: la disimilitud principal reside en el hecho de que, como hicieron ver ya hace tiempo Labov y Fanshell, el uso de los recursos cohesivos propios de la conversación tiene más que ver con el establecimiento de vínculos entre acciones que con la expresión de relaciones lógico-semánticas<sup>17</sup> (que es el papel que se atribuye como típico de los nexos intraoracionales)..

Es sabido que, en cierta medida, el estudio de los llamados *conectores* o *enlaces extraoracionales* surgió como reconocimiento de la incapacidad de las gramáticas oracionales para dar cuenta de fenómenos evidentes de interconexión entre oraciones<sup>18</sup>. Cada vez se hacía más evidente, en la investigación gramatical, que no era cierto que, como supuso Bloomfield (Bloomfield 1933) en su momento, las oraciones pudieran definirse como formas lingüísticas no incluidas en otras formas lingüísticas. Ningún lingüista actual duda de que existen relaciones de tipo gramatical entre las oraciones de un texto. De hecho, T. Givón (Givón *en prensa*) alude a

16. Véase, por ejemplo, Van Dijk 1977: 60. A. López García (López García 1994: 264 y ss.) cita los siguientes valores inferibles (pragmáticamente) en las diferentes utilidades de *y*: condicional, comparativo, concesivo, disyuntivo, adversativo, causal, relativo-identificativo, relativo-locativo y relativo-temporal.

17. "Obligatory sequencing is not to be found between utterances but *between the actions that are being performed*" (Labov y Fanshell 1977: 70.) Una observación de alcance semejante puede encontrarse en el ya clásico tratado de S.C. Levinson, que enuncia el correspondiente principio de la siguiente manera: "Conversational sequences are primarily regulated by a set of sequencing rules stated over speech act (or *move*) types" (Levinson 1983: 288).

18. Aunque se cita más abajo a Gili Gaya como exponente de esta actitud, es necesario advertir que algo parecido se manifestó incluso en las primeras obras de los más prestigiosos e innovadores textualistas y analistas del discurso contemporáneos (Halliday y Hasan 1976, Van Dijk 1977, etc.).

la existencia de una ‘paradoja de la gramática oracional’ que se deriva del hecho de que tanto lingüistas como psicólogos “often ignore the fact that grammar is the coding instrument for *both* cognitive components that feed into episodic memory: propositional semantics and discourse coherence. This is indeed one of the most baffling facts about grammar as a code: although it is located largely in the clause itself, its functional scope is not only —not even primarily— about the propositional information in the clause”.

M<sup>a</sup>. T. Llorente (Llorente Arcocha, 1996) —entre otros estudiosos— ha demostrado convincentemente cómo, en efecto, muchas unidades que contraen relaciones sintagmáticas *normales* dentro de la cláusula tienen una función primariamente pragmático-discursiva. Contrasta este punto de vista con el de todos aquellos que, por el contrario, han insistido en asignar ese tipo de papel a los elementos *incidental*es, desgajados en cierta forma de la construcción oracional.

Creo poder afirmar que, en la gramática española<sup>19</sup>, el estudio de las unidades superiores al texto nació en buena medida porque había que explicar de alguna forma la función de ciertos elementos no integrados en la estructura clausal. Se observó acertadamente que muchos de esos elementos periféricos normalmente señalaban relaciones interoracionales. Y de ahí se llegó comprensiblemente a una idea verdaderamente simplificadora: que todos los elementos periféricos servían para la conexión discursiva (es decir, servían como *enlaces extraoracionales*) y que sólo los elementos periféricos tenían tal capacidad.

Sabemos hoy día que ni una cosa si otra es cierta. En primer lugar, porque, como ya se ha dicho, son muchos los elementos internos de las cláusulas cuya aparición se deriva de su papel pragmático-discursivo (recuérdese la mencionada *paradoja de la gramática clausal*); en segundo lugar, porque las funciones pragmático-discursivas exceden con mucho el mero papel de conectores supuestamente típico de las conjunciones que estudia la gramática oracional<sup>20</sup>.

Debe quedar claro, por consiguiente, que en muchos casos la conjunción *y* no inicial de turno o enunciado *también* tiene en los textos de nuestro *corpus* una función predominantemente discursiva (es decir, se usa para construir secuencias coherentes de actos) y, por tanto, sirve como elemento de cohesión textual. Evidentemente, con esta afirmación estoy indicando que las ocasiones en que la ‘conjunción’ *y* actúa bajo rección pragmático-discursiva exceden con mucho los 478 casos que se consignaban al principio de este apartado.

---

19. Véase Gili Gaya 1943.

20. A. López García critica el ya clásico estudio de C. Fuentes Rodríguez sobre los llamados ‘enlaces extraoracionales’ (Fuentes 1987) precisamente porque ésta insiste en “el deseo de mantener un paralelismo hermenéutico excesivo entre conjunciones y enlaces textuales”, cosa que “invalida las conclusiones teóricas del trabajo” (López García 1994: 112). S. Gutiérrez Ordóñez recuerda que muchos marcadores son “partículas formalmente comunes al nivel intraoracional, pero funcionalmente diferentes” (Gutiérrez Ordóñez 1992: 10).

Téngase en cuenta, por otra parte, que los elementos periféricos pueden tener, además, funciones no estrictamente discursivas (por ejemplo, con mucha frecuencia tienen papeles modalizadores).

¿Cuáles son los valores discursivos típicos de esa unidad *y* de función discursiva? No es éste, desde luego, el lugar oportuno para tratar el asunto: pero vale la pena recordar que, esencialmente, el operador discursivo *y* es un *ordenador discursivo* (Llorente Arcocha 1996: 187 y ss.) que con suma frecuencia señala la continuidad de la acción del hablante, o el cambio de perspectiva discursiva, o la culminación de una fase, o como introductor de elicitaciones, etc. Llorente cita más de un enunciado del *corpus* que prueba la especial dimensión de dicho operador; obsérvese, por ejemplo, esta peculiar coordinación, que parece romper todos los esquemas de compatibilidad tradicionalmente aceptados:

- (1) *M. - Mira, yo soy una señora que vo:y:: || y vengo todos los días a Cabrerizos, y:: | hay un puente antes de llegar a Cabrerizos.*

7.2. Algo parecido a lo que ocurre con la unidad *y* sucede también con el conector que aparece en el segundo lugar por frecuencia. *Pero* —recuérdese que se documentaba en 429 ocasiones— inicia turno o enunciado en nada más ni menos que en 190 casos, lo que indica a las claras que al menos en un 44% de sus empleos *pero* ejerce su acción fuera del marco intraoracional. Predominan en estos casos papeles discursivos ligados a la función pragmático-discursiva de réplica, rectificación o variación de la perspectiva en culminación de una fase anterior. Este último uso está evidentemente vinculado al ya mencionado valor culminativo de *y*<sup>21</sup>.

Fenómenos semejantes se manifiestan en las demás unidades documentadas en el *corpus*. Es llamativa, en este sentido, la elevada frecuencia de aparición de las unidades *porque* y *pues*; recuérdese que la primera unidad se documentaba en 373 ocasiones, y que la segunda en 358.

Es sabido que *porque* se tiene como conjunción más natural para expresar relaciones lógico-semánticas de causa (activa o no<sup>22</sup>); no obstante, la propia gramática

21. Compárese esta secuencia de una de nuestros diálogos

M. - Ése ya estaba →

S. - Sí.

M. - Ahí de muchos años y tal →

S. - Sí, sí.

M. - **Pero** luego es que ahora da la casualidad que hay otro bar de frente →  
con este fragmento de otra de las conversaciones:

M. - Mire, quería hablar | que han abierto los semáforos aquí en el Lazarillo,  
| | | con el teso la Chinchibarra | |

S. - Sí.

M. - **Y** da la casualidad de que | no se puede aparcar a los lados.

22. Véase García Santos 1993: 107 y ss.

La filosofía y la lógica nos enseñan cómo el concepto de causa es cualquier cosa menos unívoco, y que no se liga siempre a la noción de necesidad (natural o práctica), tal y como quedó formulada en la obra de D. Hume (1736). De hecho, la causalidad se identifica muchas veces —incluso en las más avanzadas ciencias de la naturaleza— con la simple coexistencia. Es posible, además, establecer una complicadísima tipología de causas (Itkonen 1983): mecánicas frente a no-mecánicas, unidireccionales frente a recíprocas, aditivas frente a interactivas, externas frente a internas, determinísticas frente a pro-

oracional hubo de enfrentar tempranamente las nociones de ‘causa lógica’ y de ‘causa real’ para explicar cómo en el mismo interior de las oraciones se desvelaba un claro fenómeno discursivo: en las llamadas ‘causales lógicas’<sup>23</sup> una supuesta *conjunción* sirve para señalar, en un acto ilocutivo de justificación, la pertinencia comunicativa de la cláusula con que se liga. Insisto en hacer notar, en primer lugar, cómo en estos casos el papel de *porque* consiste en señalar la relación que existe entre dos actos de habla, esto es, en servir de vínculo de acciones con el objetivo de dar coherencia a un conjunto textual; deseo destacar, en segundo lugar —activo nuevamente la *paradoja de la gramática clausal* de Givón— que la actuación de *porque* se produce estrictamente en el interior del marco oracional<sup>24</sup>.

Es precisamente ésa una función reiterada en las 373 apariciones de *porque* en nuestro *corpus*<sup>25</sup>, casi exclusiva en las 125 ocasiones esa palabra aparece como inicial absoluta<sup>26</sup> de turno o de enunciado, esto es, en funciones claras de elemento de cohesión textual. Y no sucede sólo eso: en 39 casos *porque* se asocia con *es que* para formar el operador discursivo *porqu'esque* (la representación gráfica intenta reflejar que el supuesto *porque es que* se pronuncia realmente como /poRkeske/ casi en la totalidad de las veces en que esa cadena aparece en nuestro *corpus*). Y sabemos que *es que* es una *frase léxica*<sup>27</sup>, esto es, una asociación convencional forma-función pragmática (Nattinger y DeCarrico, 1992, que sirve típicamente (aun-

---

babilísticas o no-determinísticas (el DRAE<sup>21</sup> sólo ofrece el adjetivo ‘determinista’, que no me parece adecuado para reflejar el concepto), intrínsecas frente a teleológicas, nómicas frente a anómicas, etc.

23. Como es sabido, muchos gramáticos (R. Lapesa, F. Marcos Marín, L. Santos Río, O. Kovacci, J.F. García Santos, S. Gutiérrez Ordóñez, etc.) han profundizado en las diferencias y han afinado tanto la explicación como la terminología empleada. Más afortunadas que la denominación ‘causa lógica’ (opuesta a ‘causa real’) parecen otras: ‘causa de la enunciación’ (frente a ‘causa del enunciado’), ‘explicativas’ (frente a ‘no explicativas’), ‘modificadoras de la modalidad’ (frente a ‘modificadoras circunstanciales’), ‘causa del enunciado’ (frente a ‘causa del hecho’).

24. No me ocupo de otros hechos absolutamente semejantes que acontecen en las demás relaciones causales-condicionales; pero sí llamo la atención sobre el hecho de que también hay nexos consecutivos, condicionales y concesivos cuya función es igualmente discursiva cuando actúan también en el interior de ese marco oracional.

25. Las restricciones de espacio me obligan a ofrecer un solo ejemplo:

M. - Pero es que lo d'estas | señoritas parece ser que es vergonzoso, **porque** || vecinos que han sido testigos | →

S. - Sí

M. - De pasar a primeras horas de la mañana | bajo los soportales del mercado de San Juan →

S. - A las siete de la mañana paso yo por ahí =ahí, señora mía ||| y de todo lo que le hayan dicho || pongo la mano en el fuego.

M. - Es que dice que se llevan hasta camas de agua, y d'estas eh colchonetas [... ]

La asociación del *porque* destacado con el *es que* del último turno, que sirve para presentar por fin (tras los solapamientos e interrupciones del interlocutor) la causa de la enunciación sirve también para ilustrar lo que a continuación se dice sobre *porqu'esque*.

26. Si preciso con el adjetivo ‘absoluta’ es a causa de que en otras muchas ocasiones *porque* va inmediatamente después de articuladores de turnos como *pues*, *bueno*, etc.

27. Nótese que, como sucede con otros operadores, *es que* no forma un constituyente sintáctico; naturalmente, lo mismo ocurre con *porqu'esque*.

que no únicamente) para encabezar cadenas en que se justifica algún elemento de comportamiento negativo. La suma del nexos causal *porque* y el operador *es que* es idónea para presentar lo que sigue como motivo de la enunciación y como justificación. El papel de organizador discursivo de *porqu'esque* se presenta claramente en las conversaciones del *corpus*: sirve nuevamente para legitimar el discurso propio (Llorente Arcocha 1996: 182). Puede adivinarse que esa función —que puede desempeñar *porque* sin la ayuda de *es que*— no es muy distinta en naturaleza a la ya calificada como discursiva cuando hablábamos de las llamadas ‘causas lógicas’.

El caso de *pues* es aún más significativo. Es fácil imaginar, vistas las cifras de aparición de los demás nexos, que si *pues* abunda en tal grado —recuérdese: 358 apariciones— no es porque se utilice con los valores que las gramáticas oracionales estiman típicos. En efecto, no hay en las conversaciones un solo *pues* causal; por otra parte, sólo manejando un difuso —y, por lo mismo, científicamente inoperante— concepto de *consecuencia* podría mantenerse que abundan los usos de dicho operador como nexos consecutivos<sup>28</sup>. De hecho, la mayor parte de los usos de esa unidad deben explicarse acudiendo a marcos conceptuales diferentes de los que habitualmente se sirven las gramáticas oracionales<sup>29</sup>: en realidad, *pues* se utiliza normalmente en nuestras conversaciones como articulador de turnos, como solicitador de turno (*turn claiming clue*: Langford 1994), como continuativo, defensor o rellenador, como cambiador de tópico o conmutador de la perspectiva de discurso, como conclusor, como secuenciador local, como marcador de réplicas y de respuestas, etc. (Mariner 1981, Narbona y Morillo Velarde 1987, Portolés 1989, Briz 1993, Llorente Arcocha 1996, Porroche 1996, etc.). Merece la pena anotar que

28. Véase cómo el único nexos consecutivo documentado en el *corpus* es *así que*. Pero en las siete ocasiones en que aparece se usa como *conclusor* discursivo.

29. Inténtese conmutar alguno de los siguientes *pues* por algún nexos consecutivo:

M. - <[Pero es] que ahora à →

S. - [Mhm. ]>

M. - <[**Pues**] estamos sin luces que por ahí p-, ahora en este tiempo da miedo venir, por l'avenida.

....

M. - [... ] Entonces eh, digo, lo fui a partir ayer y dice un niño que tengo, “Mama, si éste no es el que a mí me gusta” + Digo, “Bueno, hijo, **pues** déjalo, que lo cambio mañana” + He ido esta mañana, y me dice la chica que si tengo el tique, y le digo, “**Pues** no + Por que ya hace dos o tres días, no tengo el tique” + “**Pues** entonces no se lo cambio a usted”, digo, “Bueno, ¿y por qué?” + Dice, “Pues porque si no tiene usted el tique, ese tique se le ha dado salida ya”, digo “Bueno, pero si eso son bobadas, porqu'es [...].”

....

S. - <[¿Y a, y a] qué hora, qué, qué, qué hora suele ser | la de, la de máxim'afluencia de perros y amos?

M. - Bueno, **pues** so-, sobre las nueve de la mañana, y por la tarde: à →

....

S. - Entonces, si::: a partir de ahora no s'envían, por las razones que sean, los recibos a casa, nos vamos a quedar sin saber | cuánto hemos consumido y todo lo demás à →

M. - [**Pues** eso:]>

en nada menos que en 98 ocasiones *pues* aparece asociado, en nuestras conversaciones, a otro operador discursivo de amplísimo rendimiento (*bueno*) en la cadena *bueno, pues*, cuyas funciones textuales como marcador de respuesta, suspensor temporal o reemprendedor (*return marker*: Stenström 1994), conmutador de perspectiva, resumizador o señalizador de preclusura<sup>30</sup> están bien estudiadas (Llorente Arcocha 1996).

8. Sintetizo lo apuntado hasta el momento: los cuadros 1, 2, 3 y 4 revelan la baja frecuencia de uso de las conjunciones y nexos conjuntivos en nuestros textos. En realidad, no se ha podido documentar la mayoría de tales nexos. Destaca, en sentido contrario, la altísima frecuencia de aparición de un pequeñísimo grupo de conjunciones: sobresalen, en este sentido, y en el orden en que los presento, *y*, *pero*, *porque* y *pues*. He intentado demostrar, no obstante, que incluso en dichos casos abundan en extremo los usos discursivos de tales nexos. Estos usos discursivos no están ligados estrictamente a la expresión de relaciones de adición (y otras pragmáticamente derivadas<sup>31</sup>) propias de *y*, o de adversatividad (y otras pragmáticamente derivadas<sup>32</sup>) típicas de *pero*, etc., sino que tienen que ver esencialmente con la regulación y organización textual. Tal fenómeno se hacía aún más patente en el caso de *porque* y, en especial, en el de *pues*.

Son congruentes con la tendencia a aminorar el recurso a conjunciones de valores no generales y a restringir el empleo de nexos no discursivos algunos otros hechos que se manifiestan en nuestras conversaciones. Daré solamente los datos más significativos.

No aparecen ni una sola vez en nuestras conversaciones las locuciones restrictivas —*conectores contraargumentativos* en la terminología de J. Portolés (Portolés 1998)— *no obstante*, *en cambio*, *antes bien*, *con todo*. La locución *por el contrario* sí aparece una vez, pero en labios del locutor; lo mismo sucede con *ahora bien*, que se registra dos veces. Por fin, *sin embargo* se documenta en dos ocasiones. Nótese que muchas de estas locuciones podrían utilizarse como refuerzo de los nexos más generales (*y*, *pero*). Afirma con respecto a este asunto Llorente (Llorente Arcocha 1996: 193): “Cuando los participantes en una conversación deciden que no

30. Véase un ejemplo de este uso; en el ejemplo se muestra también otra variante (mucho menos frecuente) del mismo operador discursivo: (*mu*) *bien, pues*:

M. LL. - *Muy bien, pues* nosotros preguntaremos a: ¡ Ayuntamiento cuáles son las intenciones | con respecto a esa piscina, si se va a acometer el arro-, e: ¡ arreglo ya inmediatamente | o qu'es lo que se piens'hacer, y mañana le damos respuesta, en este mismo programa, ¿de acuer[do?]>

M. - <[Bue]no, pues muchísimas gracias, [¿eh?]>

M. LL. - <[Gra]cias a usted; hasta [luego. ]>

M. - <[Agra]decida, adiós.

31. Secuenciación temporal interna (*Se cayó y se rompió una pierna* ≠ *Se rompió una pierna y se cayó*), causalidad-consecuencia, adversatividad, disyunción, etc. Véase la nota 16.

32. Rectificación de expectativas, etc.

es necesario señalar otra cosa que la existencia de una relación entre dos unidades de habla, asumen las consecuencias de su decisión, y no la reparan añadiendo elementos que puedan servir para precisar. Cuando, por el contrario, sienten que es apropiado expresar de manera explícita el tipo de unión que se hace, se acogen a las formas más neutras y convencionales: entonces se expresa la disyunción con *o*, se expresa la relación adversativa con *pero*, [...]”. Parece ser que así es.

La escasez de *conectores* y *marcadores* no es, sin embargo, el patrón general que puede observarse en las conversaciones del *corpus*. No digo nada nuevo al hacer esta declaración: ya ha podido notarse —al menos en el caso de *y*, *pero*, *porque* y *pues*— que la profusión es norma general en lo que concierne al uso de unidades con funciones no lógico-semánticas, pero sí discursivas.

Y esa abundancia se hace evidente cuando mudamos el punto de vista y reparamos en los elementos —organizadores del discurso, marcadores u operadores discursivos— que desempeñan papeles esenciales en la organización textual. Así, por ejemplo, el ya mencionado operador justificativo *es que* aparece nada menos que en 441 ocasiones<sup>33</sup>. El operador *bueno* —que desempeña variadísimos papeles discursivos— alcanza también una buena cifra: 352. El operador de concreción (Portolés 1998) *por ejemplo* se documenta en 36 lugares. Los elementos fáticos o de contacto —emplazadores (Francis y Hunston 1992), *backchannel cues* (Goffman 1974), señales de atención continuada (Gallardo Paúls 1998), etc.— menudean: *claro* —con dicha función— se utiliza 359 veces, *¿no?* 98, *¿eh?* 123, y *¿verdad?* 5. Los modalizadores discursivos también están presentes: he contado 33 *de verdad* y 13 *la verdad*. Los elementos con funciones más o menos directamente vinculados con el logro de empatía<sup>34</sup> se reiteran: *hombre* aparece 80 veces (mujer sólo 1), *mira* llega a 25 casos, *oye* a 22. El reformulador *o sea*, muchas veces empleado como elemento de reparación o autorreparación puede contarse en 108 ocasiones. No resulta extraño, por otra parte, que otro reformulador, *es decir*, aparezca 55 veces; pero 53 de esos 55 usos los hace el locutor, en lo que probablemente es casi una muletilla. El reformulador *esto es* no se documenta en las conversaciones. Por otra parte, los sumarizadores también dejan su huella: es verdad que ni *en definitiva* ni *en suma* ni *en conclusión* aparecen una sola vez (algo esperable, desde luego); pero hemos contado 17 *en fin*, 4 *total* y un *al fin y al cabo*.

Es posible que los casos más significativos sean otros, sin embargo. Y no tanto por razones de frecuencia como por lo que tiene de clarificación cualitativa. Un factor esencial en el discurso oral espontáneo es la misma organización interna de la interacción: el que tiene la palabra necesita presentar rápida y eficazmente (el esfuerzo de procesamiento de las señales auditivas es enorme) a su interlocutor un

33. Con toda seguridad, la altísima frecuencia de aparición de *es que* tiene mucho que ver con el hecho de que el macroacto que suelen realizar los textos del *corpus* se vincule con la queja, la protesta o la denuncia.

34. La evidente multifuncionalidad de los operadores discursivos impide encontrar una sola función para unidades como *hombre* o *mira*.

conjunto coherentemente secuenciado. Y las lenguas disponen de recursos sencillos y efectivos para poner orden en la actividad conversacional. De forma parecida a lo que sucedía con el *y* que Schiffrin definía discursivamente como “marker of speaker continuation” (Schiffrin 1987: 141), otras unidades —muchas veces auxiliadas por la supuesta conjunción copulativa— ayudan a dar pistas al interlocutor: pistas sobre el momento o fase discursiva que se emprende. El marcador *incluso* puede servir para ello: lo hace en 5 de sus apariciones en nuestros diálogos. Más usado —con funciones semejantes— es *después*: aparece en 19 ocasiones, y en 13 de ellas tiene un evidente papel extraoracional (por cierto, en cinco de esas 13 apariciones se liga a *luego* formando la castiza construcción *luego después*). *Encima*, completamente desprovisto de funciones adverbiales en 16 de sus veinte apariciones, muestra sus posibilidades (que exceden con mucho lo que se deduce de la que ya va siendo tradicional clasificación de esta unidad y las que analizo a continuación: ‘conectores aditivos’) en fragmentos como éste:

M. - <[Y es que], y es que luego **encima**, lo qu'es penoso, es que siempre coincide cuando llegan | estas fechas, que es en el tiempo que aprovecha la gente para salir a dar una vuelta, y luego, bueno, no sé si durará hasta ferias, porqu'es que si dura hasta ferias ya es pa colgarlos, vamos.

Todavía más frecuente es *además*, que —insisto— desempeña funciones semejantes. En 60 de los 66 casos en que se documenta tiene un valor discursivo como el que puede apreciarse en este otro fragmento:

M. - <[Pues] sobre las siete o las ocho.  
Está esto llenito, ¿eh?  
**Además** eh, un día este verano, mire, un, una pena + Barrió la plaza un perro de niños,  
| | |  
y de madres y de todos:

El penúltimo de los organizadores de continuidad documentados en nuestras conversaciones, *luego*, se cuenta 78 veces. Sólo en diecisiete de esos casos tiene *luego* una función adverbial de las que prevé la gramática oracional: en el resto de apariciones desarrolla su poder organizador; como ocurre, por ejemplo en

S. - <[Y la duración], incluso.  
Que es como se hace en los países modernos | | | [y] > →  
M. - <[Mira,] →  
S. - Civilizados.  
M. - Santiago.  
S. - Diga, [diga] >.  
M. - <[**Luego**], mi hijo tiene un bar.  
Entonces se le averió el teléfono tres días.

Este mismo fragmento sirve para presentar a *entonces*, el indicador de continuidad más usado en el *corpus*: he contado 197 casos en que, a mi entender, esa unidad se comporta verdaderamente como organizador discursivo, a la manera en que lo hace, por ejemplo, en

M. - Pero no, pero no es eso a lo que te voy | a mí me, bueno, me tienen que hacer porque mi casa es de las acogidas,  
hasta el noventa y seis no caduca →

S. - Sí.

M. - Y **entonces** me han cobrado el recibo | | íntegro, o sea me han cobrado casi siete mil pesetas de más.

**Entonces** *ahora*<sup>35</sup> tengo que reclamarlo.

¿Sabes?

9. Concluyo: he llamado la atención sobre algunos fenómenos que parecen reflejar hechos propios del español de la conversación espontánea, hechos que he documentado en un *corpus* de diálogos que establecen hablantes salmantinos: es cierto, en efecto, que los hablantes, colocados en situaciones que permiten ese tipo de intercambios poco o nada planificados, abiertos y vinculados fuertemente a los elementos del contexto, tienden a ser verdaderamente austeros en el uso de conjunciones y locuciones conjuntivas. En el juego de adivinación que es la interacción verbal cada participante espera que los demás sean capaces de descubrir las inferencias oportunas (Van Dijk y Kintsch 1983: 49): las relaciones lógico-semánticas fundamentales, establecidas muchas veces sobre principios de simple contigüidad, son fáciles de inferir, y eso provoca inmediatamente la no-explicitud en su señalamiento.

Fomenta esa confianza en las posibilidades de inferencia el hecho de que tanto la actividad comunicativa del que tiene el turno de palabra como la que los demás emprenderán aúna rasgos de *prototipicidad*, *previsibilidad* y *automatismo*, la certeza de que las posibilidades de variación individual se restringen convenientemente y la convicción de que todos los hablantes cooperan siguiendo las pautas de conducta previsibles<sup>36</sup>. Entre esas pautas predecibles se encuentran, evidentemente, conocidos principios de cooperación, relevancia y cortesía, además de las máximas que tienen que ver con las reglas de funcionamiento del diálogo. Es natural, por ello mismo, que, en tanto que se omiten los nexos de función lógico-semántica, abunden hasta extremos llamativos las unidades que desempeñan papeles relevantes en la construcción discursiva (secuenciadores, marcadores de turno, sumarizadores) o en la regulación de la actividad social que es la conversación (reparadores, diferidores, modalizadores argumentativos, controladores del contacto, emplazadores, preclausuradores, empatizadores, etc.)<sup>37</sup>.

35. ¿No es significativa la bonita asociación *entonces+ahora* que se destaca en este enunciado?

36. Véase Bernárdez 1995: 157 y ss.

Es evidente, por fin, que intervienen decididamente factores de tipo sociolingüístico en los fenómenos descritos: tanto la frecuencia relativamente baja de conectores lógico-semánticos como la abundancia de los operadores discursivos estudiados en este artículo tienen que ver con múltiples ingredientes situacionales, con el manejo típico de ciertos registros y estilos y con aspectos sociolectales con repercusiones cualitativas y cuantitativas que afectan a recursos y estrategias<sup>38</sup>. En este trabajo únicamente he tratado de llamar la atención sobre los efectos que la actividad discursiva llamada ‘conversación’ tiene sobre la elección de recurso y la construcción textual. La comparación de los resultados reseñados aquí con los que puedan obtenerse a partir del estudio de conversaciones *espontáneas* producidas por hablantes de situación sociolectal más alta servirá para contrastar las explicaciones y propuestas que he presentado.

---

37. Los recursos vinculados a las manifestaciones de cortesía abundan especialmente en los momentos de apertura y cierre (véase Llorente Arcocha 1996).

38. Recuérdese, no obstante, que los temas tratados en las conversaciones del *corpus* son *serios* y que todos los participantes saben que están siendo escuchados por cientos o miles de personas.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BLOOMFIELD, L. 1933: *Language*. Nueva York: Henry Holt and Co.
- BERNÁRDEZ, E. (1995): *Teoría y epistemología del texto*. Madrid: Cátedra.
- BRIZ-GÓMEZ, A. 1993: "Los conectores pragmáticos en español coloquial (I): su papel argumentativo", *Contextos* XI, 21-22.
- CEDERGREEN, H.J. 1973: *Interplay of social and linguistic factors in Panama*. Tesis doctoral. Ithaca: Cornell University.
- CHRISTIE, F. (ed.) 1984: *Children writing: reader*. Geelong, Vic.: Deaking University Press.
- COLE, P. y J.L. Morgan (eds.) 1975: *Syntax and semantics* 3. Nueva York/San Francisco/Londres: Academic Press.
- COULTHARD, M. (ed.) 1992: *Advances in spoken language*. Londres: Routledge.
- FAIGLEY, L. Y M. MEYER 1983: "Rhetorical and readers' classification of text types", *Text*, 3-4.
- FERNÁNDEZ J. y otros (eds.) 1999: *Lingüística para el siglo XXI* (2 vol.). Salamanca: Departamento de Lengua Española de la U. de Salamanca.
- FRANCIS, G. Y S. HUNSTON 1992: *Analising everyday conversation*, en Coulthard, M. (ed.) 1992.
- FUENTES RODRÍGUEZ, C. 1987: *Enlaces extraoracionales*. Sevilla: Alfar.
- GALLARDO-PAÚLS, B. 1998: *Análisis conversacional y pragmática del receptor*. Valencia: Episteme.
- GARCÍA SANTOS, J.F. 1993: *Sintaxis del español*. Madrid/Salamanca: Santillana/Universidad de Salamanca.
- GIVÓN, T. 1984: *Syntax. A functional-typological introduction* I. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins Pub. Co.
- GIVÓN, T. 1993: *English grammar. A function-based introduction* I y II. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins Pub. Co.
- 1995: *Functionalism and Grammar*. Amsterdam-Philadelphia: John Benjamins Pub. Co.
- (en prensa): "The functional approach to syntax", en Fernández u otros (eds.), vol. I, 1999.
- GÓMEZ TORREGO, L. 1998: *Gramática didáctica del español*. Madrid: Ediciones SM.
- GRICE, H.P. 1975: *Logic and conversation*, en Cole y Morgan (eds.) (1975).
- GUTIÉRREZ ORDÓÑEZ, S. 1992: "Gramática funcional: visión prospectiva", Sevilla, *Congreso de la Lengua Española*.
- HALLIDAY, M.A.K. 1973: *Explorations in the functions of language*. Londres: Edward Arnold.
- HUME, D. 1739: *A treatise of human nature*, Libro I. Glasgow: Fontana/Collins, 1962.
- ITKONEN, E. 1983: *Causality in linguistic theory*. Londres y Camberra/Bloomington, Ind.: Croom Helm/Indiana University Press.
- JALZMANN, Z. 1993: *Language, culture and society. An introduction to linguistic anthropology*. Boulder/San Francisco/Oxford: Westview Press.
- KOTSCHI, T. y otros (eds.) 1996: *El español hablado y la cultura oral en España e Hispanoamérica*. Madrid: Iberoamericana.
- KRASHEN, S.D. 1982: *Principles and practice in second language acquisition*. Oxford: Pergamon.
- LABOV W. y D. FANSHEL 1977: *Therapeutic discourse: psychotherapy as conversation*. Nueva York: Academic Press.
- LANGACKER, R.W. 1987: *Foundations of Cognitive Grammar* I y II. Stanford: Stanford U.P.
- LANGFORD, D. 1994: *Analising talk. Investigating verbal interaction in English*. Londres: MacMillan.

- LLORENTE ARCOCHA, M<sup>a</sup>.T. 1996: *Organizadores de la conversación. Operadores discursivos en español*. Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca.
- LÓPEZ GARCÍA, A. 1994: *Gramática del español*. 1. *La oración compuesta*. Madrid: Arco/Libros.
- MARINER, S. 1981: "Pues y donc adversativos", *Logos Semantikos*. Madrid: Gredos.
- MARTÍN, J.R. 1984: *Language, register and genre*, en Christie (ed.) 1984.
- MILLER, J. 1995: *Does spoken language have sentences?*, en Palmer (ed) 1995.
- NARBONA JIMÉNEZ, A. y R. MORILLO-VELARDE 1987: *Las hablas andaluzas*. Córdoba. Pub. de la Caja de Ahorros de Córdoba.
- NATTINGER, J.R. y J.S. DECARRICO 1992: *Lexical phrases and language teaching*. Oxford: Oxford University Press.
- PALMER, F.R. (ed.) 1995: *Grammar and meaning. Essays in honour of Sir John Lyons*. Londres: Cambridge University
- PORROCHE, M. 1996: "Las llamadas conjunciones como elementos de conexión en el español conversacional: *pues/pero*", en Kotschi y otros (eds.) 1996.
- PORTOLÉS, J. 1989: "El conector argumentativo *pues*", *Dicenda*, 8.
- 1998: *Marcadores del discurso*. Barcelona: Ariel Practicum.
- QUIRK, R. y otros 1985: *A comprehensive grammar of the English Language*. Londres y Nueva York: Longman.
- R.A.E. 1973: *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española*. Madrid: Espasa Calpe.
- SAUSSURE, F. de 1916: *Curso de lingüística general*. Trad., prólogo y notas de A. Alonso. Buenos Aires: Losada, 1973.
- SCHIFFRIN, D. 1987: *Discourse markers*. Cambridge: Cambridge University Press
- STENSTRÖM, A.B. 1994: *An introduction to spoken interaction*. Londres/Nueva York: Longman.
- VAN DIJK, T.A. 1977: *Text and context: explorations in the semantics and pragmatics of discourse*. Londres: Longman.
- VAN DIJK, T.A y W. Kintsch 1983: *Strategies of discourse comprehension*. Nueva York: Academic Press.